



Brechas que no ceden

Hablar de avances en materia de género en México implica, inevitablemente, mirar también las grietas que persisten. Y es que, aunque las cifras muestran progresos innegables, la realidad cotidiana sigue marcada por desigualdades que pesan, que limitan y que, en muchos casos, condicionan la vida de millones de mujeres.

Ayer el Instituto Electoral del Estado de México (IEEM), la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx) y el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) presentaron la Conferencia Magistral: Estadísticas de Género, impartida por Graciela Márquez Colín, Presidenta de la Junta de Gobierno del INEGI, la idea era visibilizar brechas de desigualdad entre hombres y mujeres, y lo consiguieron.

Hoy, las mujeres representan el 51.2% de la población nacional, más de 64.5 millones de personas. Somos mayoría. Sin embargo, eso no se traduce en condiciones equitativas.

Basta observar el mercado laboral: en 2025, la participación económica femenina apenas alcanza el 43.8%, lejos de un equilibrio real. Y la verdad es que no se trata solo de acceso, sino de calidad. Muchas están concentradas en sectores de servicios, comercio y cuidados, espacios históricamente precarizados.

Las cifras lo dicen con claridad: el problema no es únicamente que las mujeres trabajen, sino en qué condiciones lo hacen. Porque además, por cada peso que gana un hombre, ellas reciben apenas 65 centavos. La brecha salarial, aunque ha disminuido —de 40.3% en 2020 a 34.5% en 2024— sigue siendo una herida abierta. No es menor. Es estructural.

Y hay más. El tiempo, ese recurso invisible, también está profundamente desigual. Las mujeres dedican en promedio muchas más horas al trabajo no remunerado; tan solo en la preparación de alimentos, invierten 8.3 horas más que los hombres a la semana. Además, casi la mitad de la población no económicamente activa femenina está ocupada en quehaceres domésticos. Es decir, trabajan. Pero no se reconoce, no se paga, no se mide igual.

Otro dato que sacude: más de 19.5 millones de mujeres son cuidadoras principales en sus hogares. Y de ellas, 21.7 millones reportan afectaciones físicas, emocionales o económicas por esta labor. Es una cadena silenciosa de desgaste. Una que no suele aparecer en los discursos, pero que define trayectorias de vida enteras.

La desigualdad también se refleja en el campo y en la propiedad. Solo una minoría de unidades agropecuarias está bajo responsabilidad de mujeres. Y en el ámbito público, aunque hay avances, la representación en cargos de decisión sigue siendo limitada. Sí, hay más presencia, pero no suficiente para hablar de paridad sustantiva.

Y luego está la violencia. Un dato frío, pero contundente: la mayoría de las mujeres ha experimentado algún tipo de violencia a lo largo de su vida, ya sea en el ámbito comunitario o en la pareja. Además, la percepción de inseguridad sigue siendo más alta entre ellas. Vivir con miedo no es un detalle menor. Es una barrera diaria.

La pobreza también tiene rostro de mujer. Especialmente cuando se cruza con otras condiciones, como hablar una lengua indígena. Ahí las desventajas se multiplican. Se acumulan.

Así, el panorama es claro, aunque incómodo. Sí, hay avances en escolaridad, en participación, en visibilidad. Pero las condiciones estructurales siguen colocando a las mujeres en una posición de desventaja. Y es que no basta con estar. Hace falta poder desarrollarse plenamente, sin cargas desproporcionadas, sin brechas que se arrastran generación tras generación.

La pregunta, entonces, no es si hemos avanzado. La respuesta es sí. La verdadera pregunta es cuánto falta. Y, sobre todo, cuánto estamos dispuestos a hacer para cerrar, de una vez por todas, esas distancias que ya no deberían existir.